

## LOS BIENAVENTURADOS (Parte 3) Mateo 5:1-13

Cuando era pequeño recuerdo que llegaba al pueblo en donde yo vivía una caravana de un grupo al que la gente identificaba como “los gitanos” o “los húngaros”. Ellos llegaban con la finalidad de entretener al pueblo con muchas atracciones (la mujer barbuda, la mano viviente, la mujer de dos cabezas, el niño que jugaba con cobras, la casa encantada, etc.) y juegos de habilidad (puntería y cosas así). Pero más que por todos esos juegos y atracciones, los gitanos eran conocidos porque decían que podían adivinar o leer el futuro. A esta “atracción”, le llamaban leer “la buenaventura”. Con esto querían decir que podían adivinar lo bueno que les esperaba en el futuro. A la buenaventura también se le dice la buena fortuna; y por fortuna se entendía no solamente el dinero, sino la supuesta prosperidad en la salud y en el amor también. La gente ignorante salía contenta de allí sabiendo todo lo bueno que le esperaba en el futuro.

Aunque los creyentes no creemos ni practicamos estas cosas, de hecho, las consideramos diabólicas sin importar que solamente tengan el supuesto fin de entretener y sabemos que Dios las prohíbe firmemente, por ejemplo en el Libro de Deuteronomio (*Dt. 18:9-14*), el ejemplo sirve para ilustrar el significado de la palabra bienaventurado y el por qué se traduce también como “dichoso” o “feliz”. Bienaventuranza es algo bueno que nos espera en el futuro, pudiendo ser el futuro inmediato, en el futuro cercano, o en el futuro en el cielo.

Muchas veces la bienaventuranza viene asociada como una recompensa, por ejemplo, cuando el Señor Jesús enseñó que cuando hagamos banquete invitemos a los pobres y desamparados que no tienen manera de recompensar lo que hicimos por ellos, pero dice que somos bienaventurados porque Dios recompensará abundantemente lo que hicimos por esos pobres (*Lc. 14:13-14*). Por su parte, Santiago dice que si actuamos en obediencia a la Palabra de Dios seremos recompensados, es decir, seremos ampliamente bendecidos por Dios en todo lo que hacemos (*Stg. 1:25*). Más adelante el mismo Santiago pone el ejemplo de Job y su testimonio de sufrimiento y paciencia y la gran recompensa que recibió de parte de Dios por superar la prueba; esa recompensa reflejaba la misericordia y la compasión de Dios en él (*Stg. 5:11*). ¿Quiere ver cómo fue la gran misericordia y la compasión de Dios en acción, con Job?

Después de haberlo perdido absolutamente todo (hijos, propiedades, salud, etc.), Dios le restauró con el doble de lo que tenía antes (*Job. 42:10-17*). Lo que nunca perdió Job, aunque tuvo sus luchas, fue la fe en Dios y se portó valiente y firme. Perder la fe es perderlo todo, es peor que perder la familia, las posesiones materiales o la salud, y Dios recompensa ampliamente la fe y la obediencia. La bienaventuranza es entonces una gran recompensa de parte de Dios; recompensa que podremos disfrutar algunas aquí en la tierra y otras en el cielo.

La semana pasada comencé con las primeras dos bienaventuranzas. La primera fue para **los pobres en espíritu** (v.3), y dije que estos son los que reconocen su gran necesidad de Dios. El problema del mundo moderno y aun de muchos creyentes es el orgullo y la arrogancia; como parecen tenerlo todo, creen no necesitar de Dios. El pobre de espíritu es humilde, sabe que sin Dios no es nada y reconoce que todo lo que tiene es de Dios. Esta persona tiene una reservación especial en el Reino de los Cielos. Esta es la gran recompensa de parte de Dios para ellos.

La segunda bienaventuranza fue para **los que lloran** (v.4), es decir, para los que sienten una profunda tristeza por el pecado (el propio y el del mundo). Son los que se entristecen hasta las lágrimas por la injusticia, la desigualdad, la discriminación, la contaminación, la miseria, la violencia y todos los demás males que afectan al mundo. Estos serán consolados por Dios. Es decir, Dios los restaurará llenándolos de ánimo, paz y gozo. Por supuesto, experimentarán la alegría y la felicidad que solo Cristo puede dar y llenarán su vacío con el amor que solo Cristo puede llenar.

*“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”* (v.5).

La palabra *manso* se usa por ejemplo para referirse a un caballo salvaje que ha sido finalmente domado. En su estado salvaje no cualquiera se acerca a él porque es violento y puede hacer daño con toda la fuerza que tiene, pero cuando es domado ya no. Entonces, ¿perdió toda su fuerza cuando fue domado el caballo? Por supuesto que no, pero ahora sus energías y su fuerza, están bajo el control de su amo. Así, la persona mansa está *domada* y sujeta al señorío de su amo: Dios.

El manso es aquella persona que puede aguantar una provocación sin encenderse de ira, puede mantener la calma y no responde al insulto con insulto o a la violencia con violencia. Hace la diferencia al responder calmadamente como enseña la Palabra: *“La respuesta amable calma el*

enojo; la respuesta violenta lo excita más” (Prov. 15:1). Es de quien se dice: “El que es iracundo provoca contiendas; el que es paciente las apacigua” (Prov. 15:8). Estos dos versículos describen la actitud de una persona mansa.

Ser manso no significa rebajarse ni arrastrarse, no es ni servilismo ni cobardía, no es dejarse perder la dignidad ni la vergüenza; pero sí significa no tener un espíritu o una actitud de rencor o de venganza, sino humilde, apacible (tranquilo o pacífico), paciente y servicial con quienes nos ofenden o lastiman. El apóstol Pablo dice: “No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien” (Ro. 12:21). Los mansos confían plenamente en Dios y esperan en Él, no en sí mismos. La mansedumbre es un don de Dios y fruto del Espíritu Santo (Gál. 5:23). Es la transformación que experimentan quienes se sujetan de verdad a Dios. La mansedumbre es el adorno de nuestras vidas y algo muy agradable delante de Dios (1P. 3:4). El de espíritu manso no vive una vida con un comportamiento de orgullo, de arrogancia o prepotencia, al contrario, busca el bien y es amable.

El mayor ejemplo de mansedumbre lo encontramos en el Señor Jesús. Su carácter estaba muy lejos de ser una persona débil y temerosa; al contrario, tenía su carácter bien firme y decía las cosas sin suavizarlas, como son. Sin embargo, no respondió al mal con mal; habló cuando tenía que hablar y calló cuando sabía que era lo más prudente. Por eso Él podía decir a sus discípulos de entonces y a sus discípulos de hoy: “Llevad Mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que Soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt. 11:29).

¿Qué recompensa habrá para los mansos? La tierra que Dios prometió será de ellos. Esta tierra como herencia puede referirse a la vida en el cielo con el Señor. Pero no debemos sacar de contexto que el Señor Jesús toma estas palabras del Antiguo Testamento: “Guarda silencio ante Jehová, y espera en Él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades. Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo. Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz” (Sal. 37:7-11). En ese tiempo todavía no se tenía conciencia de la vida eterna como la tenemos a partir del Nuevo Testamento. Este Salmo entonces se refiere a algo natural, físico. En el pensamiento judío la frase “la tierra por heredad” expresaba el

máximo bienestar posible, es como decir que recibirán las mayores bendiciones posibles. En este Salmo se hace una advertencia en contra del peligro de dejarse engañar por la aparente prosperidad de los malos. Tal engaño nos conduciría a imitar sus métodos de maldad como son la violencia, la manipulación o el engaño, el abuso y la injusticia. El creyente debe aprender que, a pesar de las apariencias inmediatas que ve, la verdadera prosperidad es la que viene de Dios y es para la persona que confía en Él y deja su causa en sus manos porque sabe, y no tiene ninguna duda, que Dios actuará a su favor; Dios hará (Sal. 37:3-5). Esto era importante explicarlo porque creo que es el sentido de la bienaventuranza del Señor Jesús para los mansos. Los mansos no serán siempre abusados, el Dios de justicia se manifestará en ellos y eso nos da pie para ver la siguiente bienaventuranza.

*“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (v.6).*

Nadie puede sobrevivir por mucho tiempo sin satisfacer su necesidad de comer y beber. Esto es verdad en lo natural o carnal, como en lo espiritual. El hambre y la sed son dos enemigos muy poderosos que atacan con fiereza trayendo muerte y desolación. El hambre y la sed son dos necesidades fundamentales que deben ser satisfechas. Las palabras *justicia* o *justo* tienen el sentido de hacer lo correcto como cuando el Señor Jesús le pidió a Juan el Bautista que lo bautizara (Mt. 3:15).

Los bienaventurados de Dios son aquellos que anhelan la justicia de Dios en sus vidas. Justicia no es pedir o esperar que Dios les haga daño a quienes nos han hecho daño, solamente Dios sabrá lo que ha de hacer con ellos; pero justicia es que nos levante a nosotros, que haga lo que es correcto con nosotros. Por ejemplo, si difamaron nuestro nombre o nuestra reputación, clamamos a Dios por justicia, no para que castigue a los difamadores, sino para que limpie nuestro nombre. Como pastor, no tiene idea de por cuántas cosas he pasado en donde han difamado mi nombre, han cuestionado mi integridad como hombre y como pastor y han criticado mi ministerio, pero de cada una de esas acusaciones el Señor me ha hecho justicia, me ha levantado y cada vez me hace más fuerte en mi fe y en mi dependencia de Él.

Siendo el hambre y la sed las necesidades básicas que deben ser satisfechas para vivir, el Señor usa esta figura para describir el anhelo y la gran necesidad de buscar siempre su justicia. No es cuestión de solo tener

apetito, sino de un anhelo desesperado, como el que vivían muchos de los judíos del tiempo del Señor Jesús al sufrir los abusos de Roma.

Pero el hambre y la sed no significan solamente que esperamos que Dios ejecute su justicia. También debe ser nuestro estilo de vida tan desesperadamente anhelado. ¿Cómo podemos esperar la justicia de Dios en nuestras vidas cuando nosotros no somos justos con los demás? (Mt. 18:23-35). La justicia en la sociedad en que vivimos comienza por nosotros mismos, cuando nosotros podemos hacer la diferencia en un mundo que dista mucho de ser justo. Somos nosotros quienes debemos tener hambre y sed de hacer siempre lo que es correcto delante de Dios y delante de los hombres. Aquí es cuando somos instrumentos de Dios mostrando el amor de Dios en acción y no solo con palabras.

Quien tiene hambre y sed de justicia se opone totalmente a lo injusto y camina por sendas de rectitud aunque encuentre oposición de la mayoría, aunque lo rechacen y lo traten de loco, retrasado (pasado de moda), fanático religioso e intolerante. Así como el hambre y la sed naturales son necesidades que se presentan todos los días y todos los días deben ser satisfechas; así también debe ser en lo espiritual.

Un día se manifestará la justicia perfecta de Dios y los creyentes anhelamos que ese día llegue pronto; pero mientras llega, nosotros somos instrumentos de justicia en las manos de Dios. ¿Se da cuenta de su gran responsabilidad?

¿Cuál es la recompensa para los hambrientos y sedientos de la justicia de Dios y de hacer la diferencia en un mundo injusto? Ellos serán saciados. Saciados significan que serán llenados en abundancia, hasta el tope de la justicia de Dios; quedarán completamente satisfechos de la justicia de Dios. Dios llena a plenitud el vacío del ser humano.

### **Conclusión.**

¿Quiénes reciben una gran recompensa de parte de Dios? Aquellos que hacen la diferencia en un mundo saturado por el pecado y la perdición. Estos son aquellos que dejan su orgullo a un lado y reconocen con humildad su gran necesidad de Dios; aquellos que se entristecen por causa del pecado que domina al mundo, por causa del hambre, la indiferencia, la enfermedad, la injusticia que afecta a la humanidad y hacen la diferencia mostrando el amor de Dios en acción; aquellos que no

responden con violencia a la violencia, que no responden al insulto con insultos, que saben guardar silencio cuando es más prudente y cuando dicen lo que tienen que decir, o hacen lo que tienen que hacer, lo hacen con respeto, sin ofender, sin violencia; aquellos que tienen una gran necesidad de que Dios establezca su justicia en todas las cosas que ocurren en el mundo, pero que también tienen esa gran necesidad de hacer lo correcto delante de Dios y de los hombres para dar buen testimonio de Cristo, los que se dejan usar por Dios como instrumentos útiles de justicia.

Estos son los bienaventurados de Dios; llevamos 4 y nos faltan 5 más. Esto nos enseña que tenemos muchas áreas en donde podemos mostrar el carácter de Cristo delante de los hombres, mismas áreas en donde seremos grandemente recompensados así en el cielo como en la tierra; mismas áreas que nos deben animar y llenar de esperanza en un mundo corrompido por la maldad del pecado; mismas áreas en donde podemos y debemos hacer la diferencia como ciudadanos del Reino, hijos de nuestro Padre Dios, para que, por nuestro testimonio, muchos quieran tener el gozo que solo Cristo da y quieran llenar sus vacíos con la llenura que solamente Cristo puede llenar.

Recuerde, estas 4 áreas que hemos visto y las 5 que vienen son excelentes oportunidades en donde los bienaventurados de Dios muestran el amor de Dios en acción. Amén... Vamos a orar...